

IX

DON MANUEL GUTIERREZ ZAMORA

LIBRERIA ALFONSO V
CALLE DE ALFONSO V
MADRID

Don Manuel G. Zamora estaba urgido de que sus cartas llegasen a manos de su "estimado amigo y Señor" don Benito Juárez (1), y por ello le decía: "con fecha 5 del corriente escribí a Ud. por un extraordinario que hice salir de Orizaba para esa ciudad y cuya llegada deseo vivamente, tanto por lo desgraciada que ha sido mi correspondencia con ese Sup^o Gobierno, cuanto que con dicha carta iban copias de mis anteriores, unas comunicaciones oficiales más de interés y la correspondencia también oficial de Europa".

Anunciaba Zamora, al Presidente, que Echeagaray no se había presentado por el rumbo de Orizaba con todo y que así lo dijo en su proclama de Puebla; sino prefería el camino de Perote o con deliberada intención lo había tomado; pero el comandante de aquella fortaleza donde vivía don Miguel Buenrostro al mando de casi todas las fuerzas de Comonfort, "lo recibió dignamente" (a las fuerzas de Echeagaray), disparando veintidós cañonazos sobre la vanguardia que mandaba Oronoz —segundo de Echeagaray—, que tuvo a bien retirarse. Pasaron después, aunque lentamente, a la ciudad de Jalapa, donde fué nombrado gobernador interino el mismo Señor Oronoz, que no encontró por conveniente permanecer ahí, sino tomar camino rumbo a Orizaba.

El general Negrete y don José María Mata lo esperaron en el Puente Nacional, punto a donde se acercó Echeagaray, "aunque no mucho", con el fin de pedir conferencia, la que debía reducirse, según instrucciones de don Manuel G. Zamora, a sa-

(1).—Carta de don Manuel G. Zamora a Dn. Benito Juárez de Veracruz a Guadalupe.— 19 de marzo de 1858.— Biblioteca Nacional.

ber si Echeagaray se adhería al "orden legal", advirtiéndole que se le batiría en el caso de una respuesta negativa. El "invasor" contestó que no había llegado el momento para indicar su parecer y cuando esperábase su ataque, "levantó el campo más que de prisa" dirigiéndose nuevamente hacia Jalapa.

Don Manuel G. Zamora creía que Echeagaray capitularía o sería derrotado, en vista de que, Llave se preparaba para salir rumbo a Jalapa y Negrete seguía muy de cerca los pasos del "fugitivo invasor".

El mismo señor Gutiérrez Zamora deseaba que ocurriera la derrota del "fugitivo" en vista de que, así estaría libre el paso del general Llave con rumbo a Puebla. También quedaría neutralizado el "contra tiempo" de Parrodi, por más que en su concepto carecía de la magnitud atribuída por los reaccionarios.

Para la defensa del Estado de Veracruz, "para todas mis atenciones", decía el Sr. Gutiérrez Zamora, contaba con "mil y pico" de hombres que le ofreciera el Estado de Oaxaca y no llegaban, con todo y que le había prestado 30,000 pesos "a pesar de mis escaseces".

Al aproximarse Echeagaray, declaró a Veracruz en estado de sitio al mando del general, jefe de la Brigada de Veracruz, don Ramón Iglesias, con cuya cooperación había logrado que "la reacción" no contara con el "puerto codiciado", sin embargo la proximidad de Corona y sus compañeros que continuaban — "aunque aburridos ya"—, en la isla de Sacrificios; a pesar también, de "las porquerías con que Zuloaga quiso seducir a esta guarnición".

Para no demorar las operaciones del Sr. Llave contra Echeagaray, Gutiérrez Zamora facilitó, comprometiendo sus bienes particulares, la cantidad de 25,000 pesos; además, proporcionó diez mil pesos a don Tomás Moreno para levantar "mil y pico" de hombres en Huejutla, "a fin de que no deje extinguir el espíritu de libertad por aquellos rumbos y aun inquiete, si es posible, a México."

Gutiérrez Zamora pensaba que Echeagaray estaría "abochornado e irritado", en vista de que había descrito, en sus telegramas, como "expirante la causa que sostendremos a todo trance" y a los que habían contestado Arago y Buenrostro di-

ciendo "que estaban curados de espanto" y los Sres. Iglesias y Gutiérrez Zamora calificaron al mismo Echeagaray como "jefe de facciosos".

Don Manuel comunicaba también, al Sr. Juárez, que Salas, Güitián, Zambonino y otros llegaron a Minatitlán; pero los había devuelto a Nueva Orleans. Por su parte, y permitiéndose "que lo dijera, no había hecho mas", porque no le fué posible, aunque atreviase a recomendar que se hicieran esfuerzos en el interior "para que no se vaya extendiendo la reacción".

A su vez, el señor Llave no pudo "subir", por la tardanza de las fuerzas de Oaxaca, para las que tenía Gutiérrez Zamora "listo armamento y todo", así como por la "invasión" de Echeagaray.

Ahora, agregaba (el mismo Sr. Gutiérrez Zamora) que había entregado de su peculio, parte de las cantidades que se necesitaron para fortificar Puente Nacional y tendría que hacer lo mismo con motivo de la inminente marcha del Sr. Llave, con rumbo a Puebla, "pues el presupuesto no se cubre con las entradas actuales de la Aduana".

Una vez descubierta la conspiración que Zuloaga provocó en Veracruz, don Manuel G. Zamora tuvo necesidad, en unión del Gral. Iglesias, de castigar a ciertos oficiales, ascender a otros y a varios sargentos. Contaba por lo mismo, con que, al pasar las "extraordinarias circunstancias", el gobierno de la República confirmaría sus medidas y concedería recompensas "a los militares que han despreciado, en favor de la causa constitucional, el oro que con abundancia se empleó para corromperlos".

Corona había intentado su desembarco, durante una noche que juzgó propicia; pero se lo impidió el comandante del bergantín francés "La Peirousse" (sic), en cuyo caso se trasladó a la fragata de guerra "Berenguela"; sin embargo, el cónsul de España, en Veracruz, manifestó que guardaría completa neutralidad.

En el buque "Tennessee" llegaba el Gral. Uruga, a quien el Sr. Gutiérrez Zamora manifestó, "en carta que no recibió el primero", que se abstuviera de venir; pero ya en último caso, lo dejó desembarcar porque no le temía y por afirmar, que llegaba para servir en las filas del partido liberal.

A título de noticias complementarias, agregaba el Sr. Gutiérrez Zamora la muy principal que contenía un telegrama dirigido por el Gral. Negrete: "En este momento acaba de entrar toda mi fuerza a esta ciudad (Jalapa) y a las dos de la mañana emprenderé mi marcha para la Hoya. Se dice que Echeagaray se ha desaparecido de las fuerzas enemigas".

En el ensayo que dediqué a don Santiago Vicario mencioné los nombres de don Manuel Gutiérrez Zamora, de los generales don Ignacio de la Llave, don Miguel María Echeagaray y del Lic. don Miguel Cástulo de Alatraste, este último gobernador de Puebla por los liberales, después que fué proclamado el plan de Tacubaya e hice hincapié en las desavenencias que revela el Sr. Vicario entre los gobernadores liberales de Puebla y Veracruz, así como la insinuación que hace sobre la simpatía íntima que Alatraste hubiese tenido por los conservadores. En las cartas de don Manuel Gutiérrez Zamora, que he tenido en mis manos hasta la fecha, no se confirma lo uno, ni lo otro, y al contrario, historiadores que parecen bien enterados, como el coronel Antonio Carrión, demuestran la adhesión constante de Alatraste hacia el partido liberal (1). Sus hechos, por lo menos así lo demuestran, desde que salió de Puebla a fines de 1857, rodeado de algunos amigos y de unos cuantos soldados, rumbo a Zacatlán "con el ánimo de levantar fuerzas y luchar por la libertad", hasta el año de 1860 en que fué derrotado en la "haciendita" de Acopinalco con el auxilio de traición. El mismo autor relata el caso con las palabras siguientes: "El año de 1860 se inauguró con el revez (sic) que sufrió en la haciendita de Acopinalco el Sr. Alatraste, quien con una partida de caballería llegó a ese punto para adquirir forrajes para las fuerzas de Zacatlán y asistir a un almuerzo al que fué invitado, de acuerdo con el jefe reaccionario Calderón para que este se apoderara de su persona, puesto el plan, se sirvió un suculento almuerzo al que asistió el Sr. Alatraste y unas hermosas señoritas que habían llegado la víspera unas y el día de la fiesta otras. De la hacienda se encargaron de poner vigilantes no obstante que Alatraste mandó que la pequeña fuerza que lo acompañaba ni se

(1).—Antonio Carrión.— Historia de la Ciudad de la Puebla de los Angeles (Puebla de Zaragoza). Puebla. 1897.

dispersara ni desensillara a pesar de haberse asegurado en la hacienda que no había temor, ni peligro ninguno. El almuerzo duró mucho tiempo amenizado con una buena música de cuerda, y cuando más contentos estaban los comensales el grito terrible de ¡El enemigo! se dejó oír. Alatraste parece que esperaba esto porque con toda serenidad abandonó la mesa y montó a caballo; hizo avanzar los carros del forraje y se preparó a defenderse, pero no tuvo tiempo de dar todas sus órdenes y la fuerza de Calderón se arrojó "sobre la suya derrotándola y persiguiéndola tres leguas, consiguiendo salvarse Alatraste y la fuerza que le acompañaba" (1).

Todavía, en el año siguiente (9 de abril de 1861), Alatraste resistió el asalto que dieron los conservadores a Matamoros Izúcar. Hizo frente a muchos ataques; pero al fin quedó envuelto y oprimido por vanguardia, retaguardia y los dos flancos, derecho e izquierdo. No tuvo más remedio que formar cuadro y resistir todavía. En esos momentos gritó con voz serena: "Compañeros: A formar cuadro, resistamos a la bayoneta y sugetémonos a la suerte que nos ha tocado" (2).

"Fué vencido al fin, más que todo porque recibió una herida en el brazo izquierdo que le hizo caer del caballo, y al levantarse aturdido con el golpe fué hecho prisionero".

"Liceaga, uno de los jefes reaccionarios dijo en carta particular a D. Rómulo Diaz de la Vega, estas palabras, acerca de éste hecho".

"La espada de Alatraste estaba tinta en sangre, los dedos "de la mano derecha crispados y acalambrados. No la soltaron, ¡Lástima de valiente! pero Don Leonardo estaba allí..."

Entonces fué colocado ante el siguiente dilema: o reconocer al partido reaccionario o entregar una fuerte suma de dinero, para salvarse. A lo primero contestó: "¡Jamás, eso nó, nunca!" A lo segundo: "No tengo dinero porque he sido honrado, y aunque lo tuviera no pagaría un tlaco por mi rescate".

Cuando amanecía el 11 de abril "fué sacado de su prisión por una pequeña escolta", llegó muy lentamente a la es-

(1).—Antonio Carrión.— Op. cit. Págs. 501 y 502.

(2).—Antonio Carrión.— Op. cit. Pág. 521.

quina noreste del atrio de Santo Domingo, penetró sereno al cuadro que se había formado; se detuvo, se abrochó el último botón del guácaro que vestía y dijo:

“Muero pidiendo por mi patria, y pido al Ser Supremo el bienestar de mi pobre familia”.

En seguida, dirigiéndose a los siete soldados que formaban el pelotón agregó: “Dispáren con valor; muero por mi Patria...”

El sargento del pelotón dijo a su vez esta palabra brevísima: “Ya”.

A las seis y cincuenta minutos de la mañana cayó Alatríste por tierra y su cadáver quedó tirado casi por toda la mañana, hasta que unas personas piadosas “compraron una caja blanca de madera corriente, recogieron el cadáver, lo pusieron en la caja y lo sepultaron en el interior de una capilla inmediata” (1).

El coronel Carrión sintetiza los hechos de Alatríste con las siguientes palabras: “El gobierno del Sr. Alatríste estuvo sembrado de dificultades desde su principio, pero su honradez, la firmeza de su carácter, y el juicio con que obraba, las vencieron en lo posible no sin grandes sacrificios”. (2).

El general don Miguel María Echeagaray aparece como gobernador de Puebla desde el 18 de diciembre en que se pronunció por el plan de Tacubaya hasta el 7 de marzo de 1858 y durante ese período, Puebla se consideró perdida para el partido liberal.

Por cuanto se refiere al mismo don Manuel Gutiérrez Zamora que junto con Ocampo, don Miguel Lerdo, Degollado, La Llave, Prieto, Garza y Romero Rubio en mucho contribuyó para que las Leyes de Reforma fuesen promulgadas, no puedo menos sino convenir en que dió ejemplo de honradez y desprendimiento a los hombres de su tiempo y más aún a muchos políticos y gobernantes contemporáneos, pues jamás se aprovechó del cargo para medrar y muy al contrario, en muchas ocasiones comprometió su fortuna personal para facilitar el movimiento de las tropas y las probabilidades del triunfo de su partido. Es-

(1).—Antonio Carrión.— Op. cit.— Pág. 523.
(2).—Antonio Carrión.— Op. cit.— Pág. 480.

to, que él mismo dice a Juárez, en sus cartas, lo confirman algunos historiadores dignos de crédito como Rivera Cambas (1) a quien tomo estas palabras: “Sostenía (don Manuel Gutiérrez Zamora) cerca de diez mil hombres entre los de campaña y de guarnición, y además hacía los gastos de la marina en días en que eran muy escasas las entradas de buques”... Llegando a tanto sus apuros que una vez tuvo que comprometer sus bienes para conseguir 25.000 pesos”.

Balbontín (2) dice: “El estado de defensa en que se hallaba Veracruz, era debido á la buena disposición del Gobernador D. Manuel Gutiérrez Zamora, y al saber y actividad de los Jefes del ejército que había allí, especialmente de los de Ingenieros y de artillería entre los cuales se hallaban D. Francisco Paz y Dn. Francisco Zérega, pertenecientes a ésta arma, y que trabajaron con el mayor ahinco. La plaza la mandaba el general de Brigada Dn. Ramón Iglesias”.

Todo esto y más, lo refiere Balbontín con motivo del ataque muy posible de Miramón contra Veracruz, uno de los hechos de armas que los conservadores anhelaban más ardientemente.

Balbontín nos relata asimismo, un hecho personal en el cual interviene por lo menos, el nombre de don Manuel Gutiérrez Zamora (3): “Una noche que me hallaba de visita en casa del Gobernador D. Manuel Gutiérrez Zamora, se trató de una indisposición que tuvo el Presidente. El general Iglesias dijo que se hallaba muy contento del restablecimiento del Señor Juárez, pues si desgraciadamente muriera, la revolución sucumbiría”.

“Yo cometí la imprudencia de contestarle que en mi concepto, la revolución se hallaba arraigada en el espíritu de la Nación, y que aunque muriese el Sr. Juárez, la revolución continuaría hasta consumarse”.

“No sé si estas palabras llegarían a oídos del Sr. Juárez, y serían causa de la mala voluntad que tuvo para mí, hasta su muerte”.

(1).—Rivera Campa.—Historia de Jalapa.—Tomo V., Pág. 57.

(2).—Memorias del Coronel Manuel Balbontín.— San Luis Potosí.— 1896. Pág. 143.

(3).—Balbontín.— Op. cit.— Pág. 145.